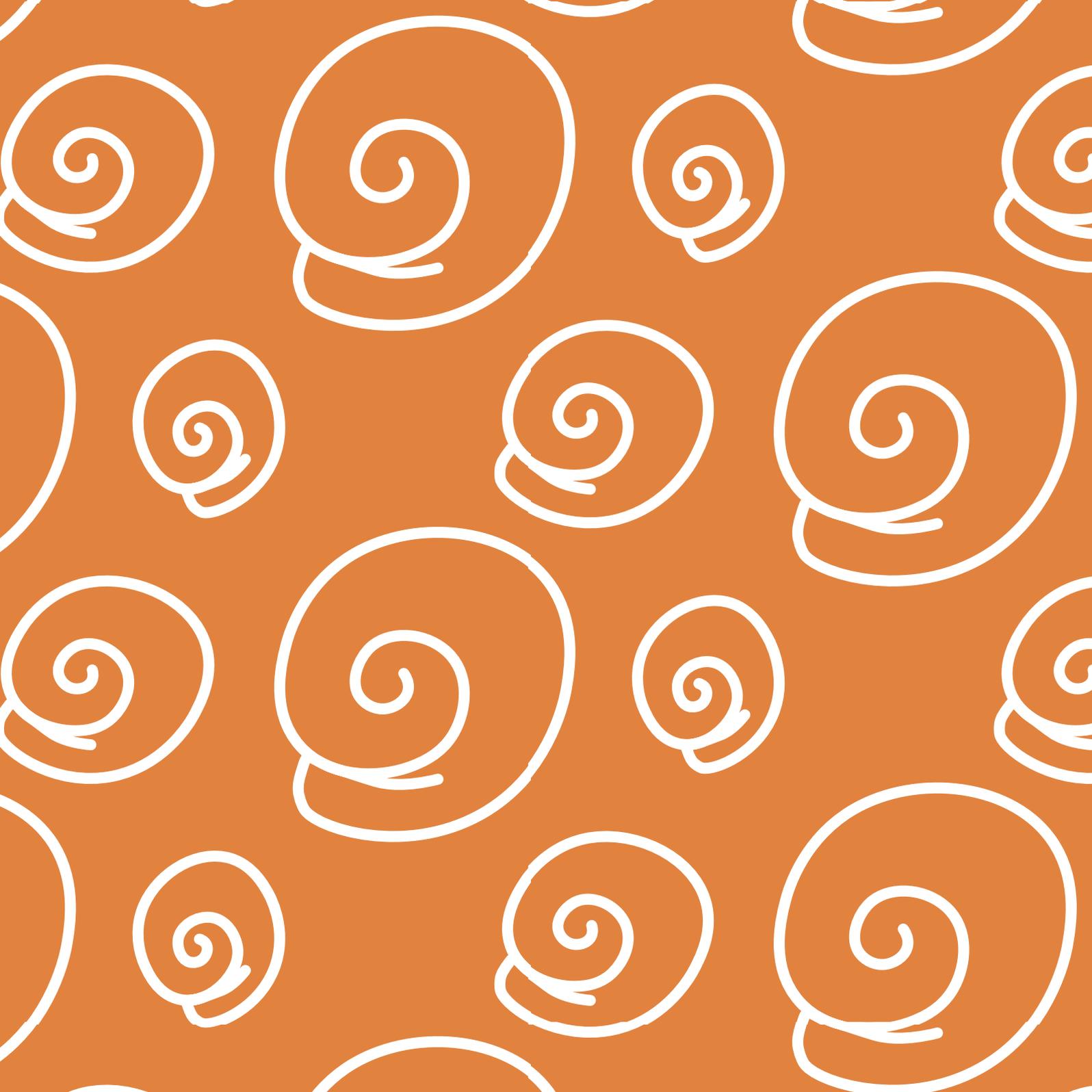


EL ÚNICO SUPERHÉROE QUE SE ARRASTRA

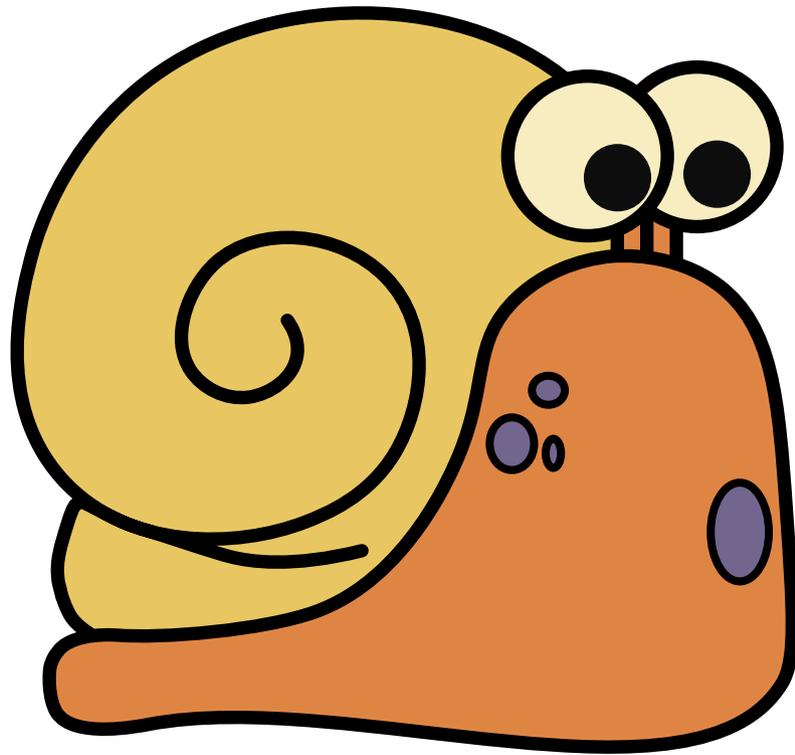
Oswaldo Encalada Vásquez

Ilustraciones de Nicole Rubio









*La colección: Textos fabulosos de Oswaldo Encalada Vásquez, es parte de la Línea Editorial **Caja Mágica**, creada por la Casa Editora de la Universidad del Azuay con el propósito de animar, difundir y fomentar la lectura y literatura ecuatoriana y universal en niños y jóvenes.*

EL ÚNICO SUPERHÉROE QUE SE ARRASTRA

© del texto: Oswaldo Encalada Vásquez, 2023

© de las ilustraciones: Nicole Rubio, 2023

© de esta edición: Universidad del Azuay. Casa Editora, 2023

ISBN: 978-9942-618-77-1

e- ISBN: 978-9942-618-78-8

ISBN de la colección: 978-9942-618-76-4

Cuidado de la edición: Toa Tripaldi y Franklin Ordóñez Luna

Diseño y diagramación: Nicole Rubio

Impresión: Editorial Don Bosco

en Cuenca del Ecuador, 2023

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga

Rector

Genoveva Malo Toral

Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni

Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi

Directora de la Casa Editora

Caja Mágica. Que me lean historias...

Las colecciones de literatura son libros que, entre otros propósitos, tienen la misión de formar lectores competentes. Estos libros son dispositivos para que el lector, ya sea en el aula o en el lugar que él lo creyere conveniente, disfrute de la magia de la literatura y a la vez ingrese al mundo de la cultura letrada. Hay tanto que leer y, parecería, que cada vez tenemos menos tiempo para ello que ofrecer esta colección se convierte en una necesidad tanto institucional como personal.

Los libros son un capital simbólico al que debemos acceder todos, pero el mercado editorial nos pone barreras por el precio de los mismos. El Estado tiene la obligación de formar a sus ciudadanos, pero lastimosamente el único plan lector nacional que hemos tenido (Plan Nacional de Promoción del Libro y la Lectura José de la Cuadra), apenas duró tres años (2018-2021). Este programa lector tuvo como propósito "formar lectores, gestores culturales, maestros con conciencia crítica".

Estamos, aparentemente, a la deriva, pero desde la academia, con investigación, proyectos de animación y mediación lectora y con la creación de colecciones como esta, aportamos a la comunidad que desde los márgenes (unos a gritos y otros en silencio) piden y merecen los libros.

Nos proponemos animar a la lectura, contagiarla, fortalecer esa relación entre lector (infantil, juvenil, adulto) y el mediador (docente, familiar, etc.), que tome como base lo lúdico antes que lo didáctico. Nos interesa la lectura de estas obras en el contexto del lector; no adjuntamos actividades porque éstas deben surgir del mediador de acuerdo al momento y espacio de la lectura. Los lectores siempre andan contagiando lectura, prestan o recomiendan libros, los regalan. Los lectores siempre despiertan ese "bicho" por la lectura leyendo con los demás.

Esta colección está pensada en un grupo de textos y autores que son trascendentes y por lo tanto generan un grupo bibliográfico homogéneo. Es una colección inclusiva, en cuanto a géneros literarios, pero también hemos pensado en la inclusión en cuanto a los escritores que la componen y, obviamente sus lectores. Intentamos derribar barreras de raza, origen, religión, condición social y económica. Los textos escogidos son obras literarias que al margen de los libros de superventas, y que tenemos claro que superventas no siempre es calidad literaria, son obras de altísimo valor estético que generarán en los lectores la inferencia y crítica, niveles de la lectura necesarias para el desarrollo del pensamiento complejo. Estamos seguros que estos textos perdurarán y convocarán a sus receptores a la escritura creativa.

Los modos de leer estas obras de arte quedan a libertad del mediador. La literatura se comenta, se recrea, se lee en voz alta, se contextualiza, etc. Paola Piacenza asegura que la clase de literatura (al referirnos a la didáctica de la LIJ), debe promover la argumentación, la digresión ensayística, el análisis, el diálogo entre textos. La autora afirma que estas operaciones son accesibles a las distintas edades como lo comprueba cualquier buen ejemplo de literatura infantil.

Los libros de esta colección, al margen de la condición de ser lectores o mediadores, incrementarán el canon literario personal (y escolar) de sus beneficiarios. Algunos investigadores defienden el canon literario con la inclusión de los clásicos, pero también dan apertura a la literatura infanto juvenil. Esta inclusión debe ser con responsabilidad, evitando las obras sobrecargadas de didactismo y de pedagogía. Evitar libros que únicamente pretenden comunicar valores. Se debe incluir textos polifónicos que provoquen en los lectores ganas de decir, de argumentar, de tomar riesgos y conflictos frente a la obra de arte.

La clase de literatura debe ser un lugar en el que la lectura colectiva de un texto desencadene en los alumnos una serie de interpretaciones y diálogos entre sí. Una especie de "laboratorio" de análisis y síntesis para llegar a nuevos procesos no sólo didácticos sino culturales y humanísticos.

La colección Caja Mágica, es ello justamente: una recopilación de libros que llegan "limpios" a los lectores, lo único que los acompañan, en algunos casos, son ilustraciones de calidad que dialogan con el texto literario.

Esta primera "Caja mágica" es un grupo de diez fábulas del narrador:

OSWALDO ENCALADA VÁSQUEZ

Quien, además, es ensayista y crítico literario. Profesor e investigador universitario. Es una de las figuras más reconocidas de la literatura e intelectualidad nacional.

Entre sus principales obras literarias sobresalen Los juegos tardíos (1980), La muerte por agua (1980), El día de las puertas cerradas (1988), Salamah (1998) y Crisálida (2000). Los críticos han hecho énfasis en la calidad de su obra narrativa, sobre todo en los textos cortos o microcuentos en los que el autor desarrolla su dominio del lenguaje y convierte sus obras en verdaderas obras de arte.

Franklin Ordóñez Luna.

Aquí empieza la magia con

**EL ÚNICO
SUPERHÉROE
QUE SE ARRASTRA**

Oswaldo Encalada Vásquez



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

En el antiguo bosque de Jarislandia todos los vientos cuentan la historia de Robertín, el único superhéroe que se arrastra.

Apenas el primer rayo de sol tocó su casa, **el caracol Robertín despertó.** **Estaba alegre.** Había soñado en frescas hojas de col y en muchos amigos a quienes había ayudado. Antes de hacer ninguna acción especial estiró el cuerno derecho para quitarle los restos de sueño que todavía lo enredaban dulcemente. A continuación, hizo lo mismo con el cuerno izquierdo.





Cuando ya se sintió libre de todo residuo abrió los ojos y miró cómo la luz se extendía por el bosque de Jarislandia, se filtraba por entre las innumerables frondas y follajes, despertaba a los pajarillos acariciándolos suavemente, y sacudía con delicadeza a toda la gente bichita alegre y bullidora.



Echó un poco para adelante el cuerpo y comenzó a moverse por el suelo humedecido a causa del rocío. Pronto encontró una senda y fue por ella, arrastrándose lentamente y dejando a su paso una huella de plata mojada que pronto se secaba con el movimiento del aire.





A los costados del camino
crecía la yerbabuena, que
perfumaba la mañana.
Robertín se acercó a una de
las plantas, con
cuidado arrancó una hojita
y la guardó en su bolsa de
remedios.

Uno nunca sabe -se dijo.



Un sonido que bajaba desde el aire lo detuvo. Pronto cesó el sonido y se escuchó una voz:

-Hola, Robertín, que tengas un hermoso día –le dijo una libélula de ojos dorados, que estaba ya patrullando el bosque y comiendo, de rato en rato, algún insectillo desprevenido.

-Hola, amiga –le respondió-, que el día te sea de provecho y que encuentres todo lo que buscas. Y si algo necesitas, me llamas.

-Así lo haré- continuó la libélula y se fue volando muy rápidamente.



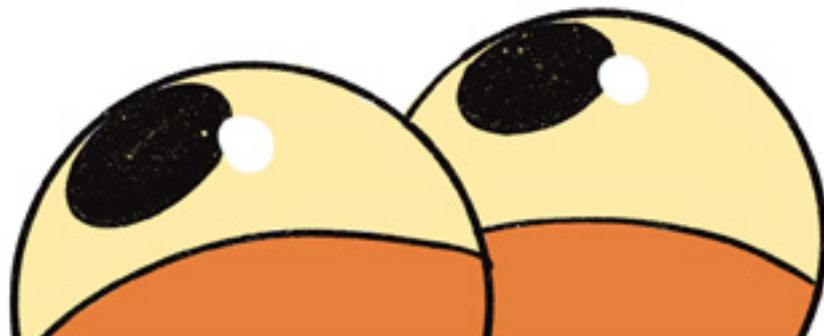


Siguió el camino y después de un rato **un abejorro le pasó, casi rozando por cerca de los cuernos extendidos.** Un poco más allá se detuvo en el aire y le saludó:

-Hola, Robertín, que tengas un lindo día.

-Hola, amigo abejorro- contestó-, ojalá encuentres el néctar que necesitas y que sea fresco y abundante como para llenar esa linda pancita que tienes.

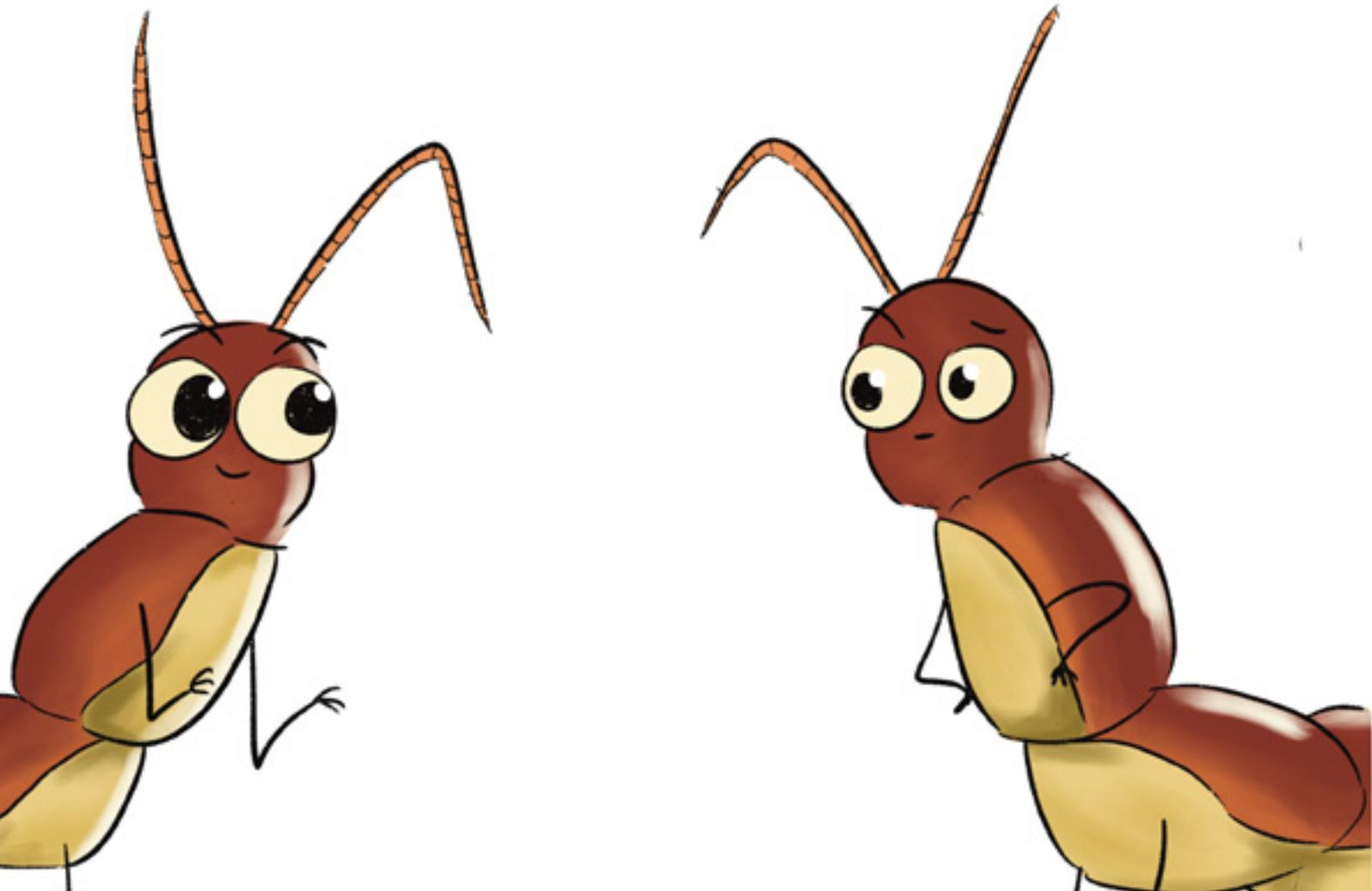
-Gracias, amigo -le dijo el abejorro y se fue volando a buscar flores.



Algo más allá Robertín encontró un camino de musgo y fue por él. A poca distancia halló una pequeña fuente de agua donde bebió unas gotitas y comió también unos pedazos de hoja de llantén, como desayuno. Con la fuerza suficiente y con el estómago lleno continuó avanzando, dispuesto a recorrer el bosque de Jarislandia, prestando ayuda a quien la necesitara.



Junto a unos árboles de arrayán vivía **Mauricio, el ciempiés diestro**, que estaba, desde hace algunos días, con una visita, su primo, **el ciempiés Fabricio, que era zurdo**, y que vivía en otro bosque.

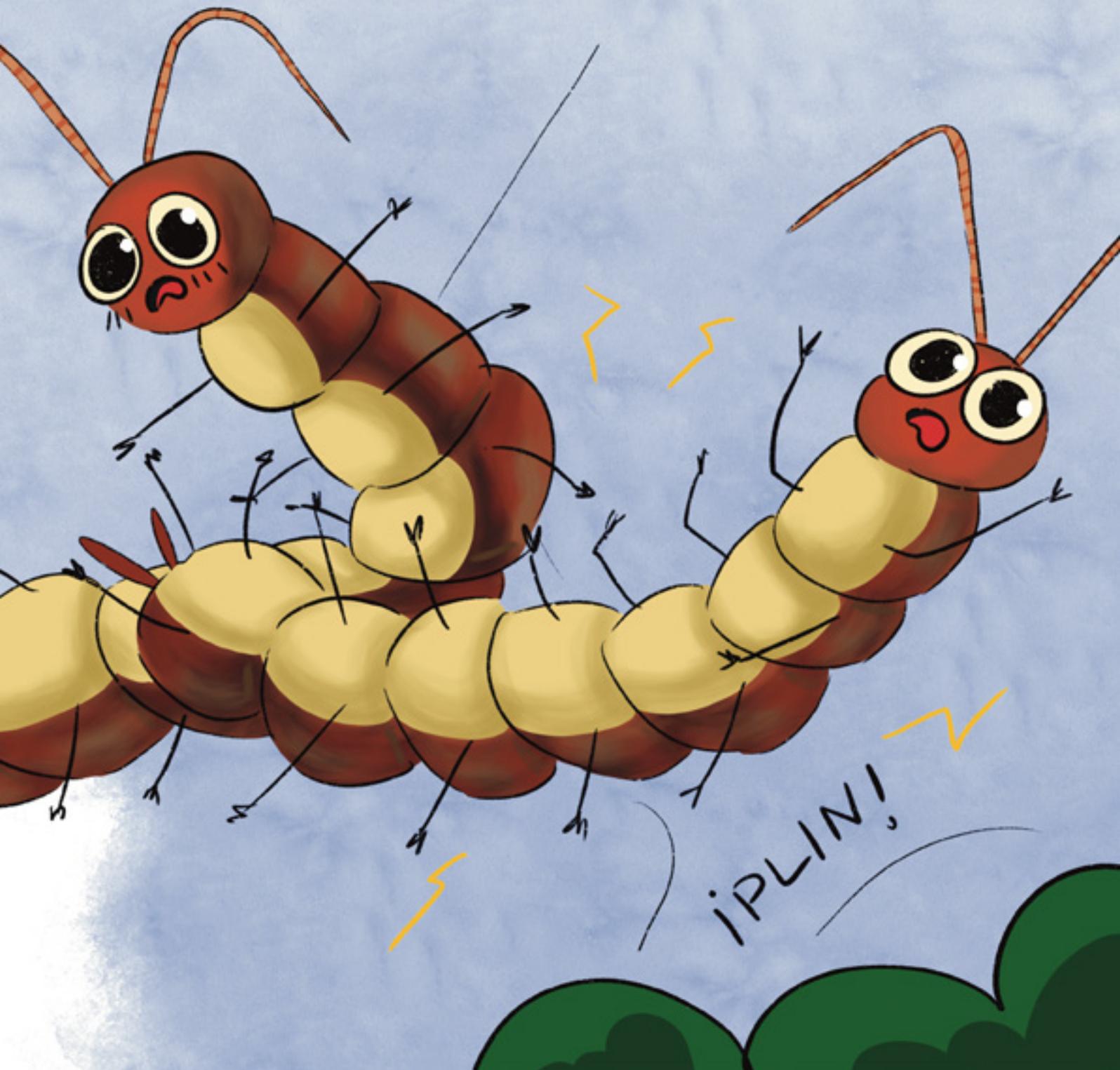




Solían salir en las mañanas a divertirse **jugando al columpio con los hilos de la araña.** En esa ocasión se habían apoderado de un fuerte hilo que colgaba desde una rama. Usando sus propias fuerzas se impulsaban cada vez más alto.

Ya habían llegado a ponerse horizontales; pero no se detuvieron, y cada vez que llegaban a la parte posterior procuraban ganar más impulso. Estaban tan entretenidos sintiendo el aire en todo el cuerpo, tanto que les hacía cosquillas y reían sin parar. **En eso el impulso fue tan fuerte que ¡Plin! Se rompió el hilo y los dos primos salieron volando por un buen espacio y cayeron más allá de quince saltos de pulga** – es que en el bosque de Jarislandia la gente bichita mide la distancia con saltos de pulga-.





IPLINI!

Al tocar el suelo se lastimaron:
Mauricio, todos los pies derechos, y
Fabricio, todos los pies izquierdos. No
podían incorporarse y comenzaron los
quejidos:

-Ayayay -decía Fabricio - me duele
mucho y no puedo moverme.

-Ayaya -decía Mauricio-, yo tampoco
puedo moverme. Y ahora ¿cómo
podremos ir a casa?



-Ayayay –decía Fabricio- con este dolor ni siquiera podríamos ir dando saltitos con la hilera de pies buenos que nos quedan. Tú, con los izquierdos; y yo, con los derechos.

-Ojalá Robertín escuche nuestras quejas y venga ayudarnos –continuó Mauricio.

-¿Y quién es ese Robertín? –preguntó, intrigado, Fabricio.

-¡Qué! ¿No has oído hablar de él? –volvió a contestar muy sorprendido Mauricio.

-Pues no –dijo Fabricio.



-Pues, fíjate que en el bosque de Jarislandia todos lo han visto y todos conocen la historia de Robertín. Los vientos la saben y la repiten cuando juegan a las escondidas entre los grandes árboles o se entretienen moviendo ramas y arrancando hojas.

-Pues no -dijo Fabricio-. Nunca he escuchado ni la mitad de la palabra más pequeña.



- Pues es Robertín, nuestro superhéroe.
- Y ese superhéroe que dices ¿tiene poderes especiales?
- ¡Oh no! Todos son naturales.
- Y ese superhéroe que dices, ¿puede volar por entre las nubes, allá arriba?
- ¡Oh no! De eso no sabe ni jota.
- Y ese superhéroe que dices tiene grandes músculos?
- ¡Oh no! Apenas son minúsculos.
- Y ese superhéroe que dices ¿puede saltar, correr, llevar un gran peso?
- ¡Oh no! Él no sabe nada de eso.
- Y crees que siendo así, ¿pueda servirnos de ayuda?
- De eso en este bosque nadie lo duda.



Los dos ciempiés volvieron a revolcarse en el suelo quejándose de no poder mover cada uno su hilera de pies. Estaban en eso cuando escucharon sonidos casi imperceptibles, que cualquiera hubiera podido confundir con el susurro del viento entre las hojas.

Pero Mauricio dijo:

-Espera, acabo de escuchar algo y puede que sea **Robertín**.



Guardaron silencio y solo oyeron el movimiento del aire en la mañana. Pero confundido con ese sonido les llegó también un levísimo crujido, como si las hojuelas y los tallitos del suelo del bosque se hundieran o se apartaran.

Dentro de poco dos hermosos cuernos asomaron y Mauricio exclamó:

-Te lo dije: Robertín nos ha escuchado y ya se acerca.

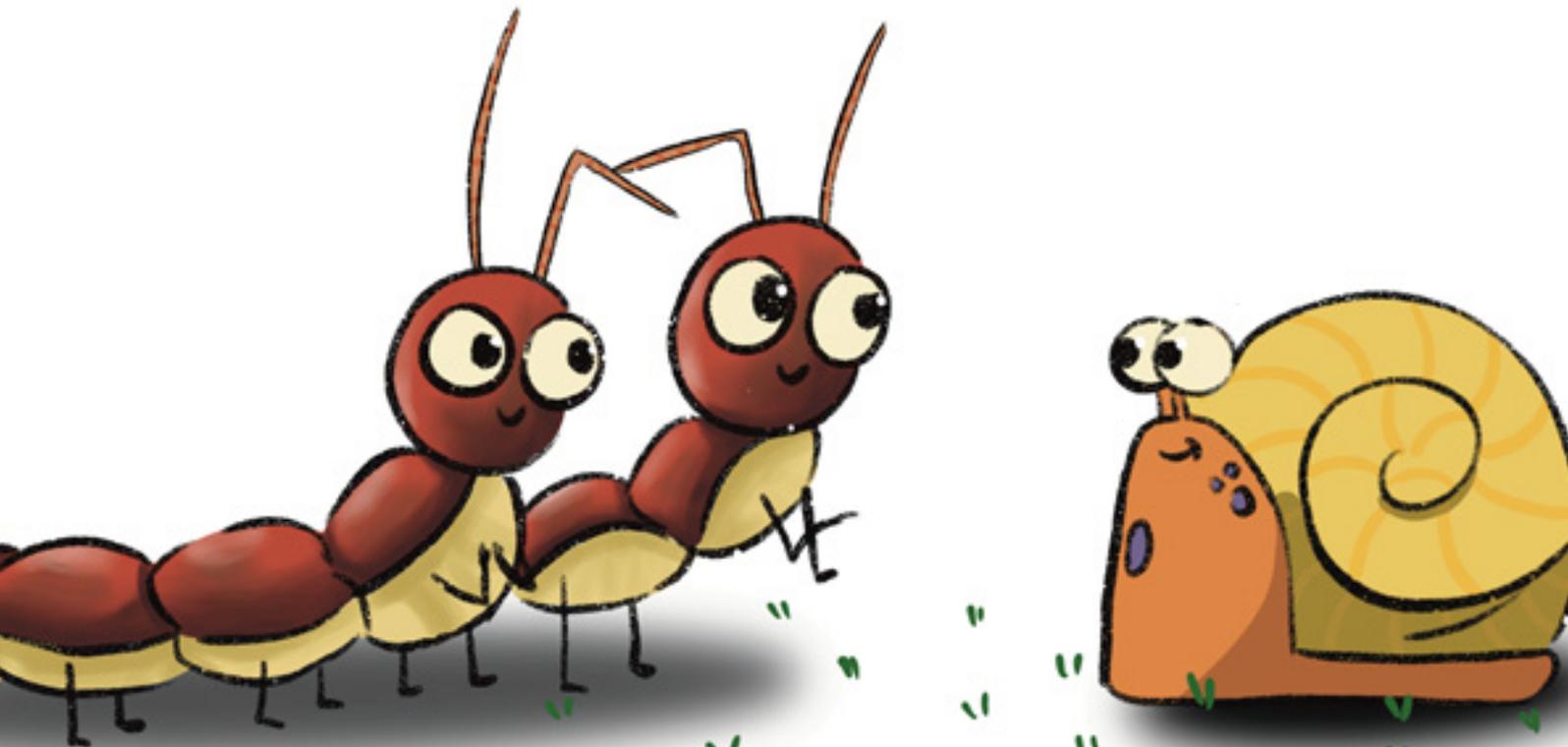


Un poco después Robertín llegó hasta los heridos y escuchó la historia. De inmediato se dispuso a ayudarlos. Miró los pies y los encontró, unos torcidos; y otros, dislocados. Uno por uno los fue enderezando y dejándolos en las mejores condiciones.

Cuando hubo concluido los dos primos estaban ya de pie, vigorosos y listos para marcharse a casa.

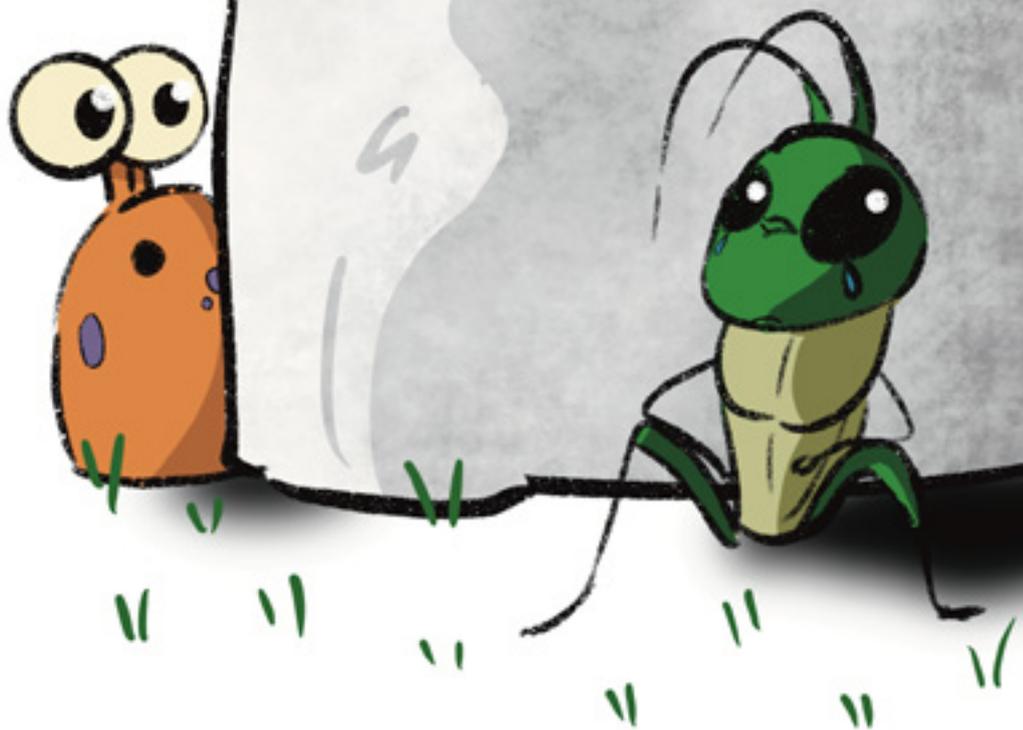
-Eso sí –les dijo Robertín–, no abusen con los columpios porque se pueden volver a caer.

Se fueron y Robertín continuó el camino.



Después de andar un buen trecho y bordear una gran piedra blanca Robertín **escuchó que un grillo se quejaba**. Se acercó más y oyó que decía:

-Ay, ay, ayayay, ya nunca podré cantar con mi guitarra. Yo que soy el mejor cantor del mundo, me he quedado sin guitarra. Ay, ay, ayayay, ya no podré dar serenatas a las guapas novias de mis amigos. Ay, ay, ayayay, esta mañana estaba cantando tan contento y entretenido esa canción que todo el bosque conoce y que dice:



Pasan bagres, pasan truchas,
Unas van gordas; y otras, flacuchas

En eso estaba cuando ¿qué creen? Pues ¡Plin! Se me ha roto una cuerda y ya nunca podré cantar.

En eso llegó Robertín y le dijo:

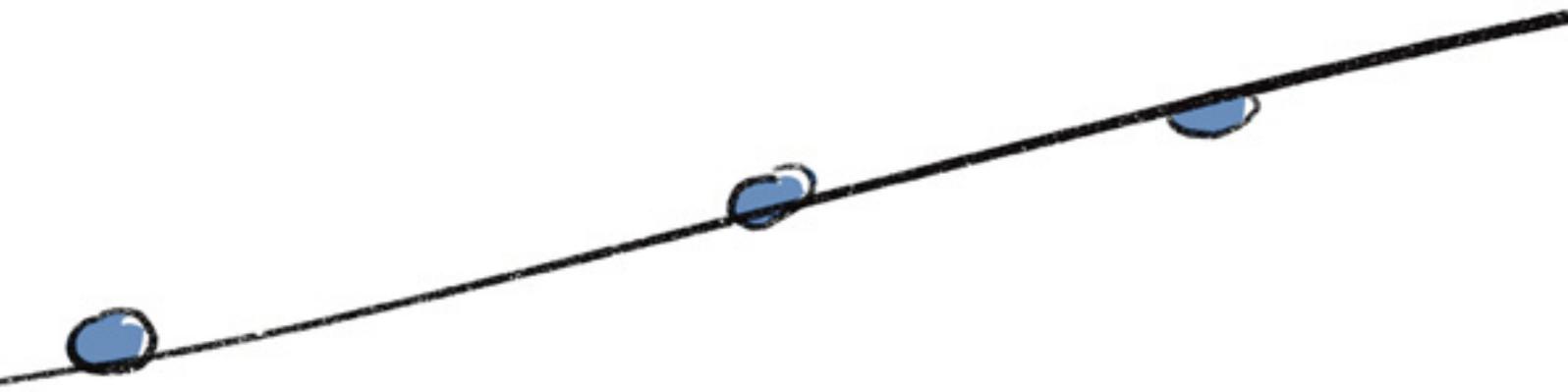
-Ya he escuchado tu triste historia. Te has quedado sin guitarra; pero para todo hay remedio. Te voy a conseguir una cuerda que nunca olvidarás. Espérame aquí que regreso en un rato.





Y Robertín se fue por un caminito de musgo hasta la casa de la araña Marcela. En cuanto vio la tela tocó suavemente el hilo que hacía de campana, y esperó.

A poco la araña asomó por entre unas hojas revueltas. Escuchó la historia y dijo que sí podría ayudarlo. Le daría el hilo más fuerte; pero para que pudiera servir como cuerda de guitarra haría falta mojarlo en gotas de rocío y luego secarlo al sol.



Recibió una porción de hilo y se fue a buscar gotitas de rocío en las hojas de la achira. Ahí mojó el hilo y luego lo extendió sobre una piedra para que el sol lo secara. Pasados unos minutos, que no fueron muchos, Robertín pulsó el hilo y lo encontró muy fuerte y cristalino.

Fue donde el grillo esperaba acostado junto a la guitarra y le ayudó a encajar la nueva cuerda. La templó y notó que el sonido era mejor que el antiguo.

-Ahora sí, -dijo el grillo Genaro-,
ahora sí que mis canciones
enamorarán a todos y convencerán
a los más reacios. *Ahora sí que
seré el mejor cantor del mundo.*
Muchas gracias, Robertín. Eres
el mejor superhéroe del mundo.

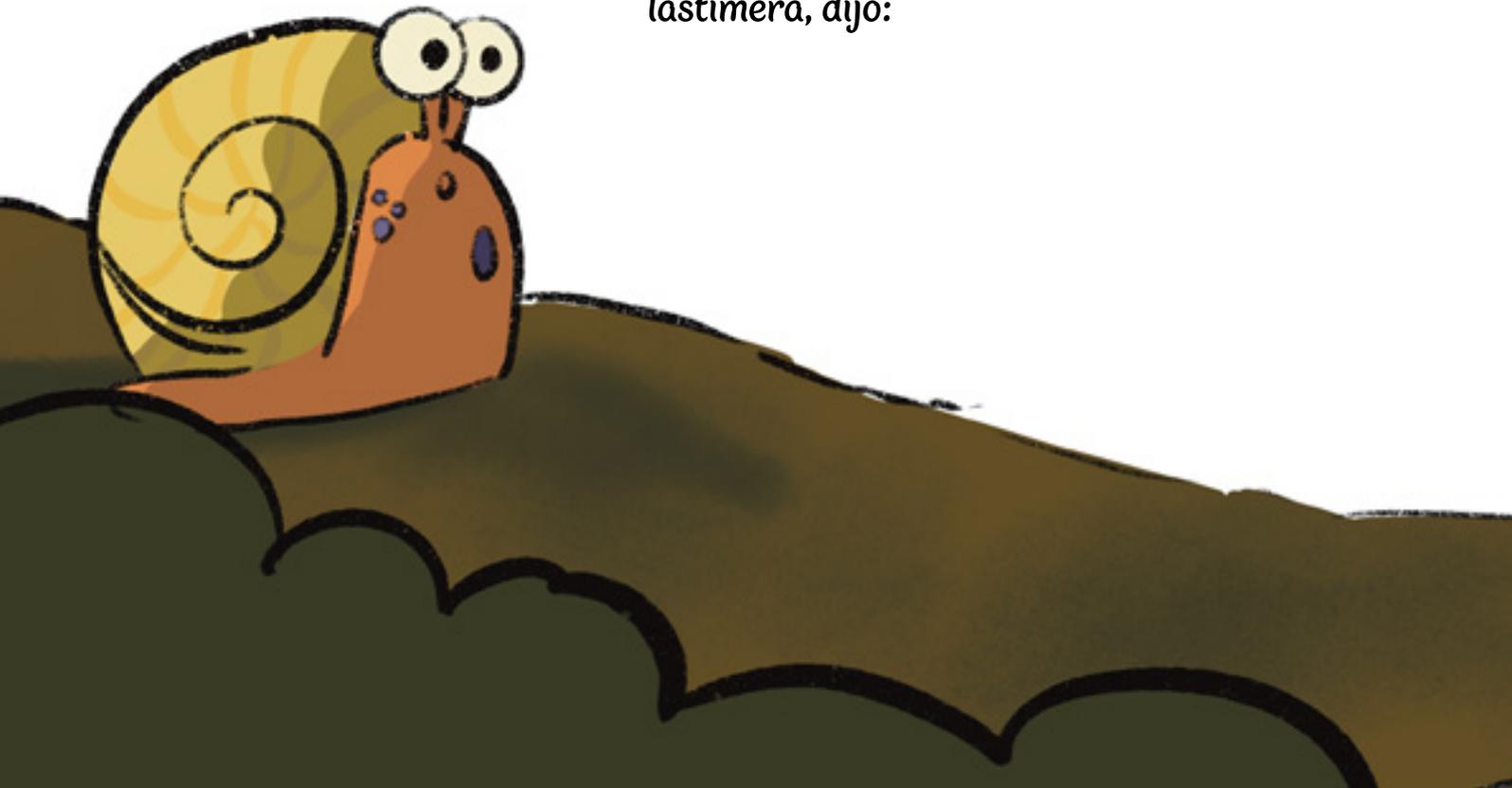
Robertín ya ni escuchó las palabras
del grillo Genaro y se alejó por
un sendero de arena negra.



Iba escuchando todo y oliendo las fragantes flores del bosque, atento a los ruidos, a los movimientos, a los saludos de las hormigas. Daba palmaditas a las cucarachas que encontraba.

A media mañana y junto a un tronco de sauce encontró a una pequeña rana llamada Lucrecia. Estaba muy triste, sentada junto a una piedra. Al parecer había llorado toda la noche y ya no tenía más lágrimas; solo le habían quedado, como huella, los ojos hinchados.

Al ver a Robertín, con voz dolida y lastimera, dijo:



-Aiyi, ayiy, ¡qué triste ha sido mi vida! Voy a morir. Ya mismo me muero. Mi pequeño charco, que era toda mi vida, se ha secado por culpa del verano. Ayiy, ayiy, ¡qué triste mi vida!

-No te lamentes, amiga.-dijo Robertín-. He oído que pasando esas piedras existe otro charco. Si ya no te sientes con fuerzas para caminar yo mismo te llevaré, si así lo deseas.



-¿Harías eso por mí?

-Pues claro-dijo Robertín-. Si para mí
es tan fácil ayudar. Ven. No
perdamos más tiempo.
Vamos, súbete a mi
concha y ahí podrás ir
muy tranquila y
sin fatiga.



Y la ranita Lucrecia, de un salto, se subió en el caracol y este comenzó a arrastrarse en la dirección donde había oído que existía un buen charco.

De ese modo marcharon por largo rato. De la gente bichita que los encontraba, unos se admiraban y otros se reían, porque decían que la rana Lucrecia había alquilado un transporte, por perezosa. Ante estos comentarios Robertín les aclaró:

-No es por pereza, es que la pobrecita ha sufrido tanto que ya no tiene fuerzas para caminar y por eso la llevo así.

Luego de un gran rato y de mucho arrastrarse llegaron a una pequeña hondonada rodeada de amancayes y totoras. Ahí estaba un charco más grande. Al verlo, Lucrecia se sintió con fuerzas y de un salto bajó al suelo. Se acercó a Robertín, le dio un beso en cada cuerno, y se fue dando saltitos, tres o cuatro y se lanzó al agua, muy contenta y a salvo.

Robertín decidió dar la vuelta porque ya era más de mediodía. Se había alejado mucho en esa mañana.

Estuvo caminando un gran rato sin que nada aconteciera, cuando, luego de haber pasado por cerca de unas piedras musgosas, escuchó una voz que se quejaba. Venía desde las grietas de un árbol viejo.

-Estas niñas no quieren hacer la siesta. Ya es hora de que se duerman. Las niñas pequeñas deben hacer una buena siesta, sí, señor. Ya les he contado todas las historias del bosque de Jarislandia que me sé y ya no conozco más. Estas niñas exigen una nueva historia de la gente bichita, y ya no sé más. Ayay, ayiy, ya no tengo imaginación para inventar historias. Ayay, ayiy.

Todo lo escuchó Robertín y decidió trepar por el árbol. Subió, sin peligro, un buen tramo y se detuvo junto a la entrada de la colmena. De ahí salía la voz. Robertín tosió para hacerse presente, y pasados pocos segundos una abeja asomó en la puerta.

-Yo soy Florencia -dijo-, la nana de las abejas bebés. Estas criaturas no quieren dormir. Siguen inquietas y dando vueltas en sus camitas. Ya no sé qué hacer.



-Espera -dijo Robertín-. Yo sé que no puedo entrar en la colmena; pero desde aquí te puedo ayudar. Yo sé una historia que las ayudará a dormir.

-¿Harías eso por mí, Robertín?
-preguntó incrédula la nana Florencia.

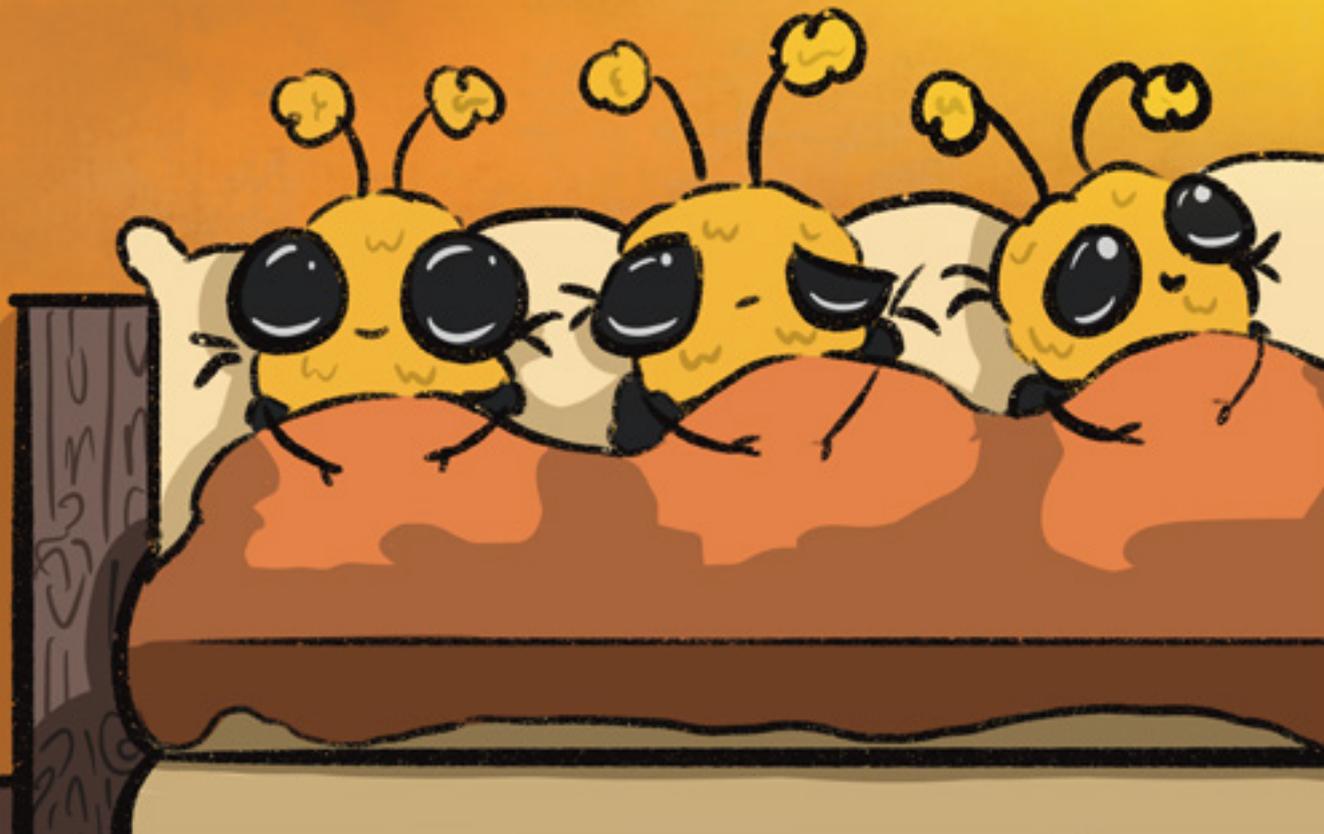
-Claro, solo deja que me acomode en este sitio y ya verás. Hablaré en voz alta para que esas criaturas me puedan escuchar, y tú, vete al interior y diles que les contaré una historia.

De inmediato Florencia desapareció.

Robertín, aclarándose la garganta dijo:



Por ahí viene Lía, la guapa cigarra
Comiendo, tranquila una hoja de parra.
Arra, arra, arra.
Y por allá viene un lindo perro
Saltando alegre entre las hojas del berro.
Erro, erro, erro.
También se acerca una astuta zorra,
Vestida de rosa como una cachorra.
Orra, orra, orra.
Y veo que vuela un gordo abejorro,
Con medias blancas y un elegante gorro.
Orro, orro, orro.





Y por allá viene trotando un humilde burro
Con la oreja atenta a cualquier susurro,
Urro, urro, urro.

Y con el último “urro” los ojos de todas las
abejas bebés se cerraron y el sueño se
apoderó de ellas. Dentro de poco la nana
Florencia salió a la puerta, bostezando y dijo:

-Muchas gracias, Robertín, yo también casi
me duermo. A cada arra, erro y orro sentía
que el sueño me invadía.



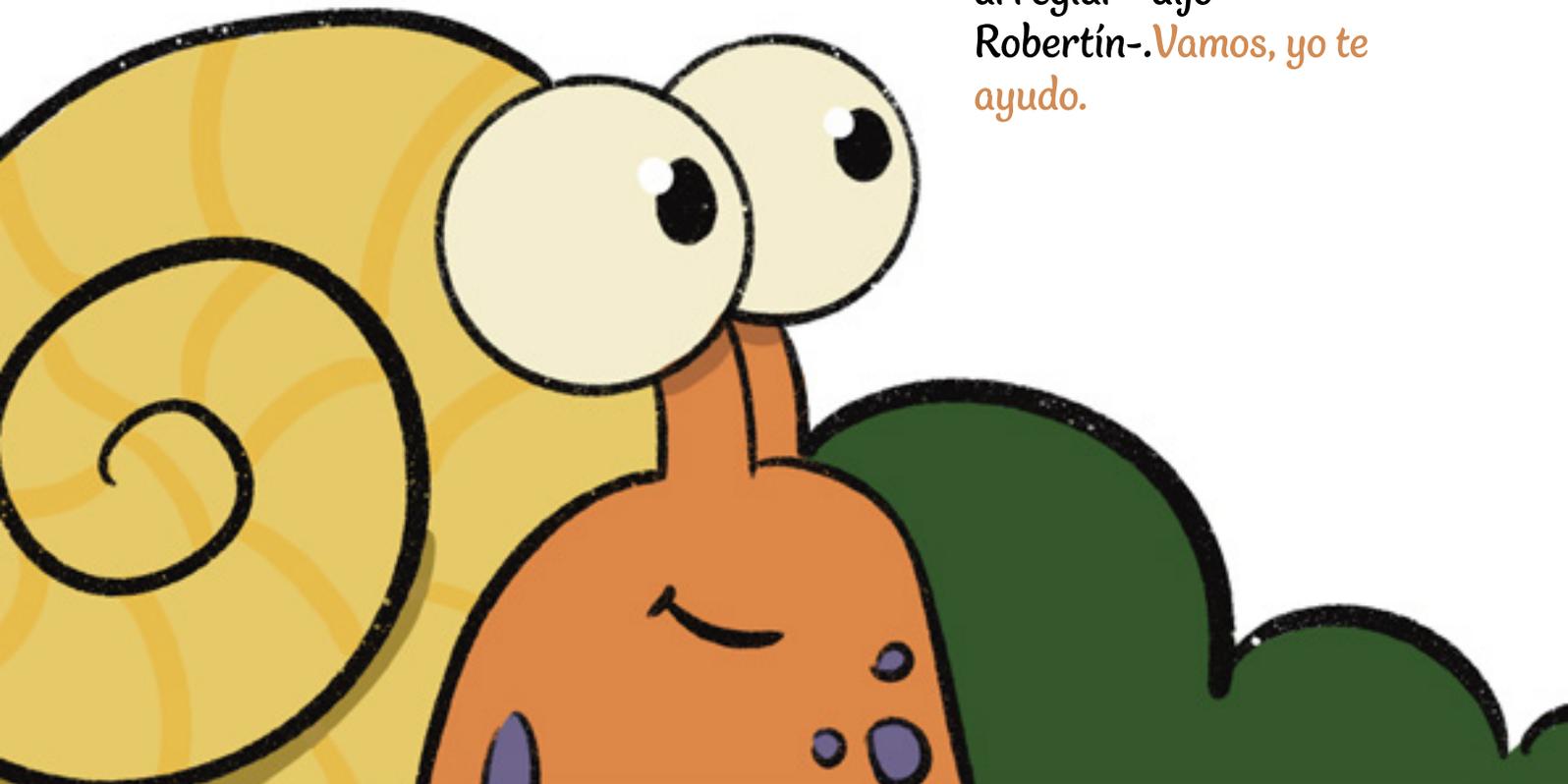
Robertín descendió del tronco y retomó el camino.

Más allá escuchó nuevos lamentos; pero esta vez era una vocecilla tan diminuta que casi no se oía. Era Analía, la luciérnaga, que se lamentaba. Decía:

-Ayiy, ayay ya nunca podré volar en la noche. Ya no tiene sentido que vuele, ya nadie me podrá ver. ¿Para qué vivir?

Robertín se condolió y se acercó a preguntar por las razones del llanto. Y Analía le contó que, debido a que se había caído en el lodo, su luz ya no brillaba.

-Eso es fácil de arreglar -dijo Robertín-. Vamos, yo te ayudo.



Y la luciérnaga, volando y Robertín, arrastrándose se alejaron del sitio. Robertín guio a la luciérnaga hasta un sitio donde sabía que se acumulaban las gotas de rocío. Encontró unas pencas y en el fondo de ellas varias gotas recogidas. Ahí hundió sus delicados cuernos y lavó a Analía. *A poco el cuerpo le quedó sin la menor marca de lodo, y la luciérnaga comenzó a brillar con leves destellos; pero como era de día solo podía mirarla Robertín.*

-Estás lista, amiga mía -le dijo el caracol-. En esta noche tu luz ha de ser la más potente y la más bella.

-Muchas gracias, Robertín -le dijo y se fue volando a su escondite para esperar la noche.



Pasados muchos minutos Robertín llegó a un descampado donde había trébol y dientes de león florecidos. A los costados se levantaba una gran barrera de cactus. **Casi al pie de ellos vio que se movía lentamente una hermosa ala roja.** Cuando se acercó para mirar se encontró con que se trataba de una mariposa tirada en el suelo. Al verlo levantó la cabeza y dijo, con voz muy adolorida:

-Nunca pensé que de este modo me llegaría el fin. Yo que fui la más hermosa de las criaturas, yo que fui la más bella, quise subir para beber el néctar de las flores más altas; pero, ay, el viento furioso me lanzó contra los espinos y mi ala se ha



desgarrado. Ya no puedo volar. Mi fin está cerca. Moriré en el suelo, aplastada, pisoteada sin compasión, y de mi color no quedará ni sombra. *Ya no puedo volar, amigo Robertín, qué rápida ha pasado mi vida, qué breve ha sido.* Me preparo para morir, con un ala rasgada nadie puede volar.



-No hay que desanimarse –dijo Robertín-. Quizá yo pueda ayudarte a recuperar el vuelo.

Y luego de dicho esto se alejó hacia un árbol de pino que estaba por ahí y subió por el tronco. Buscó, entre las grietas y las arrugas, la goma que segrega. La remojó con su saliva y bajó todo lo rápidamente que pudo hasta donde estaba la mariposa Marirrosá. Ya junto a ella mojó los bordes del ala estropeada y luego los juntó. Los mantuvo así por un buen rato y luego los soltó. El ala se había pegado.

-Debemos esperar un poco más para que el viento nos ayude –dijo-, a que la humedad se evapore, y estarás lista.

Mientras esperaban, una golondrina pasó por el cielo



haciendo *chirr - chirr*, que era su forma de saludar a todas las criaturas del suelo.

Cuando ya fue suficiente tiempo Robertín le dijo que intentara agitar las alas, lentamente al principio. Y Marirrosá agitó las alas, suavemente, y luego con más decisión, y con el esfuerzo se levantó en el aire y se fue volando; pero no se alejó. Dio una vuelta y pasó rozando el caparazón de Robertín. Era su forma de agradecerle.

-Te pido que no vuelas muy alto -le aconsejó.



Ya estaba avanzada la tarde y Robertín tenía deseos de volver a su lugar, debajo de las matas de salvia, para dormir.

Ya estaba a poca distancia cuando un súbito aleteo poderoso lo detuvo. En un instante una lechuza se detuvo en su camino, cerrándolo. Luego hubo otro aleteo y una más se detuvo a la diestra. Otro aleteo más y otra lechuza se detuvo a la izquierda; y una más se posó atrás, a sus espaldas.

Robertín no tenía ningún miedo. Todas las criaturas del bosque de Jarislandia eran sus amigos.

-Buenas tardes, hermosas damas –dijo Robertín-. ¿Será que les puedo servir en algo?

La mayor de todas y que era la que se había posado delante, con voz grave, dijo:





-Hemos visto todo lo que haces y no solo en este día. Somos el Consejo de las Sabias Lechuzas del Bosque de Jarislandia y hemos decidido darte un premio. Bien sabemos que no lo necesitas, que nunca lo has buscado; pero este premio nace de todas las voces de gratitud de las criaturas del bosque. Es solamente una señal. En cuanto hayamos pasado nuestras alas por tu concha aparecerá, en los costados de tu



casa, una estrella dorada. Esa estrella brillará cada vez que una criatura del bosque te diga: gracias, Robertín. Y así todos podrán ver la luz tan bella que llevas.

Y cuando terminó de hablar, la mayor de las lechuzas se aproximó y le pasó el ala derecha por la concha. Y lo mismo hicieron las otras aves. Terminado esto se fueron. Ya atardecía y había una especie de sombra licuada con las débiles luces del atardecer cuando Robertín sintió que su camino se iluminaba débilmente. Eran las estrellas doradas de sus costados.





Oswaldo Encalada Vásquez (1955)

Tiene algunas facetas: docente universitario, investigador y narrador. Ha publicado sus trabajos, tanto literarios como académicos, en importantes espacios locales, nacionales e internacionales. Su aporte es evidente en áreas como la lingüística, la antropología, la cultura popular, la historia, el mito y la toponimia. Es miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Entre los reconocimientos más importantes podemos mencionar la Condecoración Fray Vicente Solano (2004) y la Insignia Santa Ana de los Ríos de Cuenca (2023).



Nicole Rubio/ Nicolux (2001)

Diseñadora Gráfica por la Universidad del Azuay. Desde su infancia ha sentido una pasión por el arte y la creación. A partir de 2017, ha trabajado como ilustradora freelance, ofreciendo comisiones personalizadas a sus clientes. A diferencia de algunos artistas, ella no se adhiere a un estilo de ilustración específico, lo que le ha permitido participar en una amplia variedad de proyectos.

Nicolux aprovecha sus habilidades gráficas para comunicar y expresarse, compartiendo sus proyectos y experiencias en redes sociales con la intención de formar una comunidad en línea. Además, su objetivo es enseñar y aprender de otros artistas y su audiencia.





Este libro se terminó de imprimir en mayo de 2023 en
el Editorial Don Bosco, en Cuenca del Ecuador.
Para su diagramación se utilizó
la tipografía de la familia Blanket.













UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

ISBN: 978-9942-618-78-8



9 789942 618788